



General Scott,
Jefe de las operaciones del Ejército norteamericano en el Oriente de la República.

XI

BOMBARDEO Y CAPITULACIÓN DE VERACRUZ

Los habitantes de la Heroica Veracruz, adivinando los estragos de las baterías norteamericanas, se decidieron con entereza y energía á soportarlos, con tal de que hubiese honor en la defensa!...

Á las cuatro de la tarde se inció el terrible bombardeo, empezando á estallar las granadas dentro de la ciudad. Una de las primeras cayó en la plaza principal, y otra en el Correo.

Los fuegos se dirigen especialmente hacia el convento de San Agustín que es el depósito de pólvora de la plaza, sobre los cuarteles, hospitales de sangre y caridad, las panaderías, á las que delataban sus chimeneas, y aun sobre edificios particulares.

Contestan al fuego del enemigo Ulúa y los baluartes de Santiago, San José, San Fernando y Santa Bárbara, que miran hacia las baterías americanas. Por su parte la escuadra enemiga, desde el día siguiente empieza á disparar sobre la plaza, acercándose á Collado; pero

el baluarte de Santiago responde enérgicamente y logra desalojar sus buques, uno de los cuales sufre considerablemente, quedando fuera de servicio.

Innumerables son las escenas de horror que se desarrollan por todas partes en la ciudad: los incendios se multiplican y el enemigo con más empeño redobla su fuego á medida que es más y más devastador. Las mujeres y niños se refugian en las iglesias, pero sobre ellas también lueven las granadas y bombas. En el convento de Santo Domingo, donde está situado el Hospital de Sangre, estalla una que atraviesa la bóveda, matando é hiriendo á muchos infelices allí aglomerados.

Durante todo el día 23, las baterías enemigas no descansan un instante, manteniendo de cuatro á seis bombas en el aire. Habiéndose incendiado el convento de Santo Domingo, se traslada el hospital de sangre al de San Francisco; pero apenas se ha instalado en éste, cuando el Invasor lo empieza á abrumar con sus fuegos.

Con sencilla elocuencia y completa fidelidad, describe así la jornada del día siguiente, una relación contemporánea:

« El día 24 rompe el fuego la batería establecida en una altura distante de 600 á 700 varas, al Sur del baluarte de Santa Bárbara: esta altura forma una cresta paralela á la muralla de la plaza, elevada 15 varas sobre su nivel. La batería se compone de cuatro *bomberos* « de á 68 » y cuatro « de á 36 », sacados del vapor Mississippi. Seis piezas están asentadas contra el baluarte de Santa Gertrudis. El fuego ha comenzado á dismantelar á Santa Bárbara y ha abierto brecha en la muralla unida á la semigola

derecha del mismo baluarte; las granadas y balas en sus rebotes perforan los edificios, arruinando la manzana; pero los ingenieros acuden á cubrir la brecha con *barengas* de zapote y *sacos á tierra*, y la artillería se retira á retaguardia de la plaza del baluarte, que amenaza desplomarse.

Este punto está á las órdenes del primer teniente de Marina Sebastián Holzinger, quien logra muchas veces apagar los fuegos del enemigo. Caía entonces una lluvia de granadas y de balas, que esparcían la muerte y la desesperación. En medio de esta lluvia los proyectiles americanos habían arrancado varias veces nuestra bandera nacional. Holzinger la clava en el asta, ayudado por un joven de diez y seis años, subteniente de la Guardia de Orizaba, despreciando los dos una muerte casi cierta. En estos momentos en que daban un bello y tierno ejemplo de valor y de entusiasmo, una bala arranca el merlón, y Holzinger y el joven Guardia ruedan entre una nube de polvo, de humo y de balas....

Los fuegos de Santa Bárbara han hecho desplomar un lienzo de la batería enemiga, y algunos de los suyos pagaron con su sangre un tributo á la justicia de nuestra causa! Por nuestra parte también las pérdidas aumentan: el primer ayudante Don Félix Valdés, mayor de órdenes de la primera línea, al tomar la orden, ha sido muerto por un casco de bomba, y algunos soldados del escuadrón de Veracruz han sufrido la misma suerte. — El enemigo y la plaza se dirigen cohetes á la Congreve.

Á las once de la mañana de este día tres columnas enemigas con sus banderas se mueven con dirección al *Matadero*. Han suspendido el fuego: la plaza toca

alarma : ha llegado la hora del asalto : nuevos guerreros se presentan buscando la muerte ó el triunfo : el entusiasmo crece : la línea se cubre de defensores : el trémulo anciano quiere también su parte en el peligro y en la gloria de los valientes ; la juventud se enardece y, gozosa y alegre, se dispone á morir. ¡ Bellos momentos del más puro entusiasmo!.... Pero el destino ha sido cruel para nosotros : la muerte debía enseñarse en los bravos de Veracruz, sin que tuviesen defensa ni venganza. Las columnas enemigas se ocultan en los médanos, y sus fuegos vuelven á comenzar. En la noche trabajan los contrarios en nuevas baterías desde el Cementerio para los Hornos.

Llegó entonces por la mar, vía de la Antigua, el ciudadano José María Mata, con libranzas que remitía el gobernador del Estado, que desde las orillas de la playa buscaba el modo de auxiliarla.

En la noche el fuego continúa sin descanso, y el número de desgraciados crece por momentos. Una bomba cae en el laboratorio de pólvora que hay en el baluarte de Santiago, en donde trabajaban varios artilleros : el edificio vuela, por el incendio de tres quintales de pólvora, y más de veinte bombas, que estaban cargadas, hacen explosión, despedazando á los trabajadores, de entre los cuales sólo escapa un sargento. Diez y nueve personas mueren en el Hospicio con la explosión de otra bomba, y en el hospital de mujeres otras diecisiete perecen por la misma causa.

El día 25 el enemigo puso en batería más cañones, obuses y morteros, activando el bombardeo de la plaza, haciendo cerca de 200 disparos por hora, en tanto que dos vapores y siete cañoneras acoderados tras de los Hornos, disparaban también con terrible efecto

hasta que los fuegos de Ulúa hicieron retirarse á la escuadra.

La ciudad presentaba un aspecto desolador ; la destrucción, el incendio y la muerte reinaban por todas partes ; llovían las bombas sobre las plazuelas de la Caleta y la Pastora ; sobre los baluartes de San Juan y Sta Bárbara, sobre los cuarteles cuyas bóvedas y paredes se desplomaban con estruendo. Morían heroicamente los soldados tras de sus trincheras, en el muelle y hasta en Ulúa. Los rasgos de valor se multiplicaban ; las escenas de más admirable grandeza y heroísmo se sucedían ante las llamas y los escombros, los hundimientos y las explosiones.

El hambre ponía también su tinta lúgubre en el horror de aquel cuadro, y mujeres, ancianos y niños, vagaban aterrados en busca de un asilo y de un pan, pues no era suficiente para alcanzar á todos el rancho que el ayuntamiento daba á la guarnición, para compartirlo con el vecindario pobre. Hubo soldados que dividieron su escasa pitanza con infelices familias, cuyos hogares habían derrumbado las bombas enemigas.

Hasta el campo del general Scott llegaba el doloroso gemido que lanzaba la población inerme, confundíendose con el grito de brava cólera de la viril guarnición, defendiéndose heroicamente hasta la muerte, á la sombra de sus banderas ! Y bien debió comprender el jefe americano los destrozos y las ruinas de la ciudad batida, porque para ese día esperaba su rendición. Ya desde el 24, había recibido una nota de los cónsules inglés, francés, español y prusiano, solicitando una tregua para que pudiesen salir de la plaza los neutrales en unión de mujeres y niños ; pero á ello contestó

primero, que la tregua sólo podía ser otorgada á solicitud del gobernador Morales y con el objeto de que se rindan; segundo, que al enviar sus resguardos á los cónsules desde el día 13, les advirtió los peligros á que iban á quedar expuestos los moradores de la ciudad; tercero, que aunque en aquella fecha había rehusado permitir que persona alguna saliera por su línea de ataque, el bloqueo había sido rebajado para los cónsules y demás neutrales á fin de que pudieran trasladarse á los buques de guerra de sus naciones respectivas, hasta el día 22; y cuarto, que en su intimación al gobernador, de cuyo documento les incluyó copia, había previsto las desgracias y calamidades de la ciudad, inclusive lo relativo á mujeres y niños, antes de disparar sobre ella un solo cañonazo.

El día 26, después de una noche tormentosa en que el enemigo cesó sus fuegos, fué tan angustioso para la ciudad como el día anterior, y lo peor fué que el parque empezó á agotarse y hubo que pedirle á Ulúa, donde también escaseaba; infinidad de cureñas estaban rotas, ni había modo de reponerse, inutilizando los cañones, de suerte que la plaza no contesta á la lluvia de proyectiles que le envía su potente adversario, sino con un fuego débil que contrasta desconsoladoramente, con el fragoroso coro de truenos de las baterías americanas.

En la tarde, los cónsules extranjeros teniendo por segura la total destrucción de Veracruz, en cuyos escombros no quieren sepultarse, ya que la guarnición mexicana se obstina en resistir aún, solicitan permiso para salir á pedir protección á los buques de guerra de sus naciones. Acordado este permiso por el jefe de la guarnición, tocóse « alto el fuego »; nuestros cañones

callaron, y bajo bandera francesa salió rumbo al mar la comisión de los cónsules. Entonces callaron también las baterías de aquéllas, y de súbito un silencio hondamente trágico oprimió con angustia la ciudad.

El general Scott envió, momentos después, su respuesta á la nota de los cónsules en los términos que ya apuntamos, lo que aumentó la tristeza de la situación, produciendo en los ánimos amargura, vergüenza y cólera, según el temple de cada quien.

El Jefe de la plaza consulta con los comandantes de los cuerpos, acerca del proyecto de romper la línea enemiga á bayoneta calada, para abrir paso á la guarnición de Veracruz y á las tropas que defendían Ulúa. Todos estaban dispuestos á intentar la temeraria empresa, aunque sabían que iban á una muerte segura, pues las poderosas baterías del enemigo y su sólida caballería, tendrían que hacer feroz carnicería en nuestros hambrientos y fatigados batallones, antes de que pudieran traspasar las columnas americanas. Pero se desató un furioso Norte, y fué imposible que desembarcaran en la plaza las fuerzas de Ulúa. No obstante, la guardia de Orizaba, el Cuerpo de Granaderos de Oaxaca y otros jefes y oficiales de Veracruz, optaron por intentar á todo riesgo una salida para escapar á la vergüenza de caer prisioneros en poder del Invasor, al que anhelaban seguir batiendo en los campos con mejor éxito; pero el Comandante general impide esta locura con toda energía, declarando que unidos los veracruzanos deben correr la misma suerte!

Á media noche, se reunió una Junta de Guerra con el objeto de resolver las medidas más conducentes á salvar los horrores que amagaban en mayor escala aún á la ciudad y á las tropas.

Y se volvió á hablar, en la desesperación y la cólera en que estallaba el patriotismo de la bravura veracruzana, del loco, pero glórisimos intento de romper la línea enemiga para salvar el Honor Nacional. Prevaleció la razón, y hubieron de decidirse los jefes por celebrar con el enemigo un tratado digno en que, á salvo de todo menoscabo, las tropas mexicanas pudiesen entregar la plaza de Veracruz.

El Comandante militar, Morales, renunció á su cargo, quedando en su lugar el general José Juan Landero, trasladándose aquél á la fortaleza de Ulúa, en la misma noche.

El bombardeo continúa suspenso, y — fenómeno singular, — el gran silencio que se abate sobre las playas, el mar, los campos, los médanos, el islote de Ulúa y la sombría Veracruz, es más pavoroso, está más preñado de horrores y amenazas que el fragorósimo estruendo que produjeran, hora tras hora, durante los días anteriores, las bombas, granadas, cohetes y bala rasa de los cañones norteamericanos...

¡Noche de silencio lúgubre fué en verdad aquella que precedió á la madrugada del 27 de Marzo! Hasta entonces había ya cerca de 4 500 hombres muertos e heridos en la plaza, habiéndose perdido más de cinco millones de pesos, sólo por el incendio y la destrucción de las propiedades particulares, á causa de los 7 000 proyectiles que nos enviaron las baterías enemigas.

Habían continuado los preliminares de la capitulación y en la misma madrugada del día 27 salieron de la plaza los cónsules de Inglaterra, Francia, España, Prusia y el Alcalde del nuevo Ayuntamiento, á solicitar por última vez el permiso del sitiador para que

podieran retirarse de la ciudad los neutrales, los ancianos, las mujeres y los niños, todo el vecindario inermes y miserable; pero inútil fué la suprema tentativa honrosa de los cónsules, pues tuvieron que regresar con la triste noticia de que el general Scott ni siquiera les otorgó audiencia, mandándoles comunicar por conducto de uno de sus ayudantes que no permitiría la salida de ser alguno de la ciudad, y que, por inermes y neutrales que fuesen los que saliendo de aquella aparecieran ante sus líneas, habrían de ser barridos hacia la plaza á cañonazos, advirtiendo que si ésta no se rendía á las seis de la mañana del mismo día 27, el bombardeo romperíase de nuevo con más vigor que antes.

Las pláticas que los comisionados mexicanos sostuvieron con los del ejército beligerante desde el día anterior, no habían dado aún resultado alguno, y en aquella triste madrugada la población parecía dispuesta al más desesperado arranque, con tal de dar un fin cualquiera á sus miserias.

Mas no hubo más recurso que aceptar por fin el tratado de capitulación, que entregaba la ciudad al enemigo.... ¡Oh! no podía ser de otro modo, y la guarnición veracruzana había cumplido con su deber, poderosamente alentada por el ánimo de patriotismo de todo el puerto!.... Ya no había parque sino para unas cuantas horas de fuego; faltaban víveres; los baluartes estaban desmantelados; escombros eran manzanas enteras; no había hospitales ni asilos seguros; había amplias brechas abiertas en las obras de fortificación; encontrábanse rotas las cureñas de nuestros mejores cañones.... Y aun así ¡resistir! ¿á qué la triste gloria de sepultar en escombros un montón de niños y pobres mujeres?

La capitulación se imponía... Héla aquí :

1° Toda la guarnición ó guarniciones se rendirán al ejército de los Estados Unidos en calidad de prisioneros de guerra, el 29 del corriente á las diez de la mañana se les concederá salir con los honores de la guerra, y entregarán las armas á los oficiales que designe el general en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos en el lugar que los comisionados señalen.

2° Los oficiales mexicanos conservarán sus armas, equipajes, inclusive caballos y útiles de montar ; y se les concederán, así á los del ejército como á los voluntarios, y también á la tropa, cinco días para retirarse á sus casas, bajo palabra de lo que adelante se expresare.

3° Al mismo tiempo de la entrega de las armas estipulada en el artículo 1° se arriarán las banderas mexicanas de los baluartes y demás puntos al saludo de las baterías respectivas; é inmediatamente después de los baluartes de Santiago y Concepción y el Castillo de Ulúa serán ocupados por las fuerzas de los Estados Unidos.

4° El destino de los prisioneros veteranos después de la entrega de armas y de empeñada la palabra queda al arbitrio de su general en jefe, y á los voluntarios se les permitirá volverse á sus casas; dando los oficiales de todas armas y de toda clase de fuerzas la palabra acostumbrada de que ni la tropa ni ellos mismos volverán al servicio, mientras no sean debidamente canjeados.

5° Todo el material de guerra y todo género de propiedades públicas en la ciudad, castillo de Ulúa y dependencias pertenecen al gobierno de los Estados Unidos; pero el armamento que no se destruya ó destruyere en la prosecución de la actual guerra, puede ser

devuelto á México al celebrarse un tratado de paz definitivo.

6° Se permitirá á los enfermos y heridos mexicanos permanecer en la ciudad con los médicos militares y asistentes necesarios.

7° Se garantiza protección absoluta á las personas y propiedades en la ciudad ; y claramente se sobreentiende que ningún edificio ni propiedad particular puede ser tomado ni usado por las fuerzas de los Estados Unidos sin previo arreglo con el propietario, y por su justo precio.

8° Se garantiza solemnemente libertad absoluta respecto del culto y ceremonias religiosas.

Después de esta Capitulación, tomado Veracruz, Scott asentaba vigorosamente el pie en la gran puerta de la República, ante el vestíbulo triunfal de México...

¡Aun podía contenerse á sus victoriosas legiones á través de las montañas, hostilizándolas en larga guerra defensivo-ofensiva, de pequeños y múltiples golpes!....

